

EL NEOIDEALISMO Y LA REBELIÓN DE ÁNGEL GANIVET CONTRA EL POSITIVISMO: SOBRE ALFRED FOUILLÉE Y LA TEORÍA DE LAS IDEAS

Antonio ROBLES EGEA
Universidad de Granada

BIBLID [0213-2370 (1997) 13-2; 201-221]

A través de la rebelión contra el positivismo, la teoría de las ideas-fuerza y la abulia colectiva en España, se comprueba la cercanía de Ángel Ganivet con autores de las corrientes neoidealistas y psicologistas de fines del siglo XIX. Sin embargo, Ganivet subrayó siempre su peculiar y angustiada interpretación de la vida.

Throughout rebellion against positivism, ideas-forces theory and collective abulia in Spain, we verify the proximity of Angel Ganivet from authors of these neoidealist and psychologist tendencies of the end of the XIXth Century. However, Ganivet pointed out his peculiar and anguished interpretation of life.

Durante el último cuarto del siglo XIX un grupo de intelectuales europeos reaccionaron contra la dominante mentalidad científicista de su época para defender los valores espirituales del hombre. Ángel Ganivet perteneció, de una manera más o menos inconsciente, a este grupo. Las citas de autores y la exposición de las ideas que hizo en sus cartas, ensayos, novelas y, sobre todo, en el tramo final del *Idearium español* confirman su revuelta antipositivista y sus paralelismos con el neoidealismo. Situado Ganivet en el heterogéneo contexto ideológico y cultural europeo –especialmente entre las tendencias más afines– se observan y explican algunas de las conexiones temáticas que estableció, especialmente con la crítica del positivismo y la concepción de las ideas, así como el papel asignado a las ideas en el diagnóstico de

los males de España y en el proyecto de restauración de la salud nacional. Esta perspectiva de análisis presupone, no obstante, el carácter original de la producción intelectual y literaria de Ganivet. La relación con sus compañeros de generación, al norte de los Pirineos, responde mucho más a la coincidencia en los temas de interés común que a influencias mutuas.

Algunas de las obras de Ganivet reflejan, sin embargo, ciertas similitudes con las opiniones de los intelectuales neoidealistas, neorrománticos o psicólogos de fin de siglo. Los autores citados por Ganivet con más énfasis pertenecen a estas corrientes "a la moda". Por ejemplo, Paul Bourget, Théodule Ribot, Pierre Janet, Henri Bergson, Jean Marie Guyau o Alfred Fouillée, entre los franceses. Pero no olvidemos, porque fueran menos conocidos por Ganivet, a alemanes como Jakob Burckhardt y Wilhelm Dilthey, o a ingleses como Henry Maudsley, James Ward o T.H. Green, que también despertaron el interés por la psicología, la cultura y la historia de las ideas en un ambiente significativamente adverso para las ciencias del espíritu (Baumer, 252 y ss.).

Este gran movimiento neoidealista finisecular se enfrentó con el positivismo desplegado triunfalmente durante la segunda mitad del siglo por la abundante acumulación de determinismo evolucionista y cientificismo mecanicista. Fue una negación del culto a la ciencia y de la cosmovisión por ella proyectada, que denigraba la vida, la libertad y el espíritu, conduciendo al escepticismo y a la irresponsabilidad moral en la sociedad capitalista estable. Desde distintas perspectivas, un nuevo concepto de naturaleza humana desafió el imperialismo positivista, acusado de mutilar la historia (Dilthey, Croce), suprimir el subjetivismo (Mach, Stallo) y eliminar la capacidad creadora del hombre (Guyau, Bergson). La sombra de Nietzsche, alargada como la del ciprés, por medio de *Mas allá del bien y del mal*, planeaba sobre ellos: la ciencia era un engaño y una interpretación, pero no una explicación del mundo.

Llenos de un gran pesimismo e incertidumbre se negaron a creer en un progreso material que idealizaba el porvenir, mientras que encontraron sus creencias en los valores intemporales y absolutos de la vida: la moral, la inteligencia, la dignidad humana. Los protagonistas de las novelas de Paul Bourget (*El discípulo*) y Maurice Barrès (*Los desarraigados*) se sentían perdidos en un mundo egoísta y materialista, políticamente utilitarista, sin pensar más que en cultivar y fortalecer su propio yo, entendido como un conjunto de potencias psíquicas.

La exploración literaria de los rincones ocultos de la mente estuvo acompañada por la creación de una psicología no fisiologista volcada en los problemas de la pérdida de control de la razón y de las enfermedades de la personalidad (Janet, Esquirol, James, Maudsley, Freud). Era este descubrimiento y la observación de la irracionalidad humana —ya fuera de carácter sentimental, emotivo, agresivo o destructivo— lo que justificaba la desconfianza hacia el conocimiento objetivo y hacia la comprensión y predictibilidad de la historia, tan aceptadas a finales del siglo XIX. Y, por otro lado, los grandes cambios socioeconómicos y el derrumbamiento de la tradicional conciencia colectiva en las sociedades europeas de la época, explicados por Durkheim, motivaron la apelación general a la voluntad creadora que reconstituyera el gobierno de esa misma conciencia colectiva tradicional.

Como lector de los filósofos de su época, muy posiblemente a través de *Revue Philosophique*, Ganivet intuyó el poder y el triunfo de las ideas, incluso, tal vez, de las ideologías. Por tanto, Ganivet se adelantó a su tiempo, primero, en la rebelión contra el positivismo cientificista experimental y, en segundo lugar, con una teoría de las ideas muy extendida por entonces, pero a la que dota de un cariz especial. Trata de contrarrestar el mundo desideologizado y tecnocrático que se avecina en el horizonte de una sociedad de masas y de consumo que idolatra lo material. En ambas

cuestiones siguió un camino paralelo al de Alfred Fouillée,¹ aunque sus conclusiones fueran distintas (Olmedo, 84-87).

La revuelta antipositivista

La reacción antipositivista de Ganivet se comprueba en muchos de sus textos, siendo completamente consciente de ella cuando escribió el *Idearium español*, libro en el que decidió “renunciar al estudio y a la investigación positivista para depender más bien de sus propias ideas y opiniones” y atacar la actitud materialista que caracteriza la modernización europea (Fox, 123).

Bastante antes, en la redacción de *España filosófica contemporánea* (1888-1889), Ganivet dio muestras de su reacción frente a la mentalidad científica materialista dominante en la Europa de entonces. Los partidarios de las ciencias positivas o experimentales, despreciando la filosofía que no se plegaba a sus deseos, habían creado para su propio uso una filosofía positivista. Así, la ciencia se imponía sobre la filosofía y elaboraba su propia visión de la naturaleza (Ganivet 1951, II, 601, 603-4 y 607-8).

Ganivet preveía ya, al final de sus estudios universitarios, el nacimiento de una filosofía ideológica, que basándose en la experimentalidad científica y la técnica, pretendía ofrecer una única cosmovisión que cerrase el auténtico debate filosófico e ideológico. Ganivet fue, por tanto, un gran defensor de las ideologías, mucho antes del final de las ideologías.

Posteriormente, en *Doctrinas varias..., Lecturas extranjeras, Granada la bella* y algunas cartas expresó su crítica al positivismo

¹ Alfred Fouillée (1838-1912) fue profesor hasta abandonar su carrera académica por motivos de salud, lo que no le impidió escribir innumerables obras de filosofía en su retiro mediterráneo. Su pensamiento se aleja considerablemente del radicalismo de Ganivet; más bien trata de conciliar sistemas a través de ideas determinadas que a primera vista parecen irreconciliables. Desde su eclecticismo persigue la síntesis del idealismo y las teorías de la evolución, entendidas de forma distinta a las teorías de la evolución positivista.

por ser el origen del escepticismo reinante, que negaba las explicaciones causales (Ganivet 1951, I, 959), por su apreciación cuantitativa de todo, por su ordinariez (Ganivet 1951, I, 977-8), por sus afanes cientificistas (Ganivet 1997, 108-111). Para Ganivet, el positivismo estaba alejado de la verdadera sabiduría, situada en las recónditas regiones del espíritu y del misticismo, y no en la cuantificación y el análisis experimental.

En una carta de 18 de febrero de 1893 exponía su malestar con todo lo no espiritual:

ahora he conocido un estado psicológico nuevo para mí, una especie de misticismo negativo producido por la repulsión espiritual contra la realidad...desprecio del mundo sensible, el asco del espíritu por la materia. (Ganivet 1951, II, 825-6)

Alfred Fouillée, como Ganivet, se esforzó también en analizar el trasfondo ideológico del positivismo y desmitificar la cosmovisión cientificista dominante en la Europa decimonónica, aunque sin llegar a los extremos radicales del granadino. Dos importantes libros descubren la profundidad del conocimiento que Fouillée tenía del positivismo (*Le mouvement positiviste et la conception sociologique du monde*) y la crítica del mismo (*Le mouvement idéaliste et la réaction contre la science positive*). Fouillée deseaba ver la realidad a través de la ciencia, pero formulando con anterioridad y precisión el objeto según el propio deseo y pensamiento, lo mismo que quería hacer Ganivet al escribir el *Idearium*. Así, Fouillée creía abrir la puerta a una ciencia en la que el científico integraría toda sus capacidades psíquicas:

Après avoir traversé une période où, selon le mot d'Auguste Comte, l'intelligence était en insurrection contre le coeur, nous entrons dans une autre où le coeur est en insurrection contre l'intelligence.

(Fouillée 1896, V)

Durante la primera mitad del siglo XIX el positivismo se había impuesto por la fuerza. 1851 fue el año de su triunfo y de la

mentalidad cientifista. Los ideales de la revolución se hundieron momentáneamente y adquirió nueva vitalidad la confianza en la ciencia, el progreso y la evolución. La ciencia resolvería, según la mentalidad de la época, los problemas sociales desde un supuesto objetivismo neutral y utópico. “Enfin à la politique des idées avait succédé la politique positiviste des faits, ou mieux ‘des affaires’” (Fouillée 1896, X, XV, XVIII).

Sin embargo, como sostiene Fouillée, la ciencia tiene sus límites objetivos y subjetivos en lo incognoscible, que han de ser superados con la necesidad de una convicción moral, es decir, por una doctrina del mundo y del hombre interrelacionados. Por tanto, Ganivet y Fouillée coinciden en sus planteamientos genéricos contra la mentalidad científicista de la época, pero también resulta sorprendente la similitud de sus opiniones sobre los remedios a emplear para resolver estos problemas. Contrarios ambos a todo tipo de separación escolástica (ciencias y letras) en la educación de los niños y jóvenes, los dos confían en la educación filosófica como fundamento de toda especialización posterior. Ganivet en *España filosófica contemporánea* (Ganivet 1951, II, 662-675, “La filosofía en la educación”) propone la misma solución que Fouillée venía proponiendo, y que concretó en *L’enseignement au point de vue national* (“Reforme philosophique des études scientifiques. Leur transformation en humanités”, 82-113; “L’enseignement philosophique”, 327-348) para resolver los problemas de la enseñanza nacional: inocular en la enseñanza una dirección moral y social en todos los estudios y métodos, para lo que la filosofía sería el principal instrumento de acción y finalidad en sí misma.

En resumen, aunque los dos autores compartían la crítica del positivismo y la fe educativa con el ensalzamiento de la filosofía, les separan las conclusiones últimas. Mientras que Ganivet se angustia por su rechazo total al mundo sensible (símbolo del mundo

real), cayendo en el más puro “misticismo pesimista”, según sus propias palabras (Ganivet 1951, II, 825-6), Fouillée, dentro de su línea armonista y ecléctica, trata de lograr la síntesis universal, aunque parezca extraño a primera vista, entre el movimiento idealista, que él defiende, con el positivista porque este persigue la síntesis objetiva del saber (ciencia positiva) y aquel pretende la síntesis subjetiva (filosofía) (Fouillée 1896, X).

Robinsones neoidealistas

La reacción antimaterialista corría paralelamente a la afirmación del mundo de las ideas. Desde el mismo comienzo del *Idearium* se observa con nitidez el significado que Ganivet asignaba a las ideas. No se trataba de una opinión repentina, sino de una base fundamental de las fuertes convicciones del granadino, forjadas férreamente en su mundo interno durante los años anteriores de actividad intelectual. A pesar de ser muy conocida esta cita es necesario incluirla a continuación por ser nuestro punto de partida en este trabajo:

No te dejes vencer por nada extraño a tu espíritu; piensa, en medio de los accidentes de la vida, que tienes dentro de ti una fuerza madre, algo fuerte e indestructible, como un cje diamantino, alrededor del cual giran los hechos mezquinos que forman la trama del diario vivir; y sean cuales fueren los sucesos que sobre ti caigan, sean de los que llamamos prósperos, o de los que llamamos adversos, o de los que parecen envilecernos con su contacto, mantente de tal modo firme y erguido, que al menos se pueda decir siempre de ti que eres un hombre.

(Ganivet 1990, 46)

Ganivet era un hombre preocupado existencialmente por las ideas, tal como se comprueba al leer su obra. Las ideas eran el centro del universo, “entes trascendentes con vida sustantiva fuera del espíritu del hombre, y que, incluso, son lo único que de verdad vive” (Olmedo, 77). Persisten por sí mismas en el tiempo

guardando siempre relación de reciprocidad con los hombres (Olmedo, 81). Por esto último el idealismo de Ganivet se diferencia del de Schelling y Hegel:

Creo que lo que realmente viven son las ideas; pero también ha de vivir el individuo, que es el creador de las ideas, la especie, en cuanto necesaria para servir de asilo a las ideas.

(Ganivet 1990; ver Olmedo, 77)

Las ideas, después de nacer en la mente humana, circulan, según Ganivet, entre los hombres para cernirse de nuevo sobre ellos apoderándose de su espíritu y convirtiéndose en ideas de la humanidad posteriormente (Ganivet 1951, 953-5, Carta XVII).

E igual que Ganivet, Alfred Fouillée levantó la bandera de las ideas frente al materialismo y la concepción factual de la ciencia positiva. Las ideas, mucho más que una representación de objetos exteriores al mundo mental, son una fuerza con "derecho propio". Se crean en la mente humana y tratan de hacerse realidad, es decir, de imponerse como realidad. La idea de libertad, por ejemplo, era para Fouillée el mismo deseo de libertad o de la máxima independencia individual, que actuando como causa u finalidad, adquiere conciencia de sí misma y trata de realizarse: "la liberté psychologique est la conscience de l'efficacité inhérente à cette idée et aux sentiments qui s'y rattachent, grâce à la puissance sous-jacente et au trésor de force vive que nous portons en nous" (Fouillée 1914, VI). Sin duda tenía razón, porque es difícil entender la historia moderna y contemporánea sin la presencia constante en la mente de los europeos de la idea de libertad, y de igualdad, que tantas voluntades dinamizaron y que tantos cambios provocaron (Fouillée 1914, v-XXIII, Preface de la nouvelle édition (1912), de la première édition (1872) et de la deuxième édition (1883) y 1-18, L'idée de liberté..., Genèse de l'idée de liberté). Crane Brinton también sostenía, en fecha mucho más próxima a nosotros, que "... en la historia del hombre no existen

hechos importantes que no estén de algún modo relacionados con las ideas, de la misma manera que no hay ideas importantes que no estén en conexión con los hechos" (7).

La obra de Fouillée, conocida por Ganivet, ofrecía un muestrario de temas que engarzaban con las preocupaciones del granadino. A partir de la teorías de Platón sobre las ideas y del idealismo alemán, Fouillée consideraba a la Idea como la "mediatriz" o término medio de la "forma del ser, del pensamiento y de la actividad a la vez". Es decir, la Idea era la fusión de estos tres elementos, y de esta forma se convertía en el punto de intermediación del Bien y la Inteligencia, del Ser y del Pensamiento, de Dios y el Mundo. De este planteamiento deducía que

la materia no existe más que por la Idea y relativamente a la Idea... la Idea explica todas las cosas; casi se la podría llamar la materia primera del mundo al mismo tiempo que su causa.

(Fouillée 1869, II, 369-370)

Esta teoría de las ideas le condujo a elaborar de una manera detenida y escrupulosa la tesis de las ideas-fuerza. Estas son resultado en el individuo de un proceso psicológico que integra sucesivamente el discernimiento, la sensación de bienestar o malestar y, finalmente, la manifestación de una preferencia o acto volitivo. La idea fuerza es la unidad indisoluble del pensar y el actuar y, por consiguiente:

La force des idées ne consiste pas dans une action qu'elles exerceraient mécaniquement, mais dans la loi nécessaire qui unit tout état de conscience distinct, toute idée... à un mouvement conforme lequel, s'il n'est pas empêché, réalise l'idée dehors. (Fouillée 1893, I, XI)

Algunas ideas-fuerza pueden llegar a convertirse en ideas directrices comunes para un grupo social, adquiriendo entonces la capacidad de su realización socialmente, y tal vez decidir el porvenir de una comunidad. En definitiva, para Fouillée, la fuerza está en el ideal, en la moral, en las ideas generosas, que transmi-

tidas mediante una educación adecuada o una pedagogía social, transformarían, primero, la conciencia, y luego la acción de los hombres en un sentido virtuoso y heroico. Estos pensamientos reflejan una gran convergencia con las ideas y “fuerzas madre” de las que escribió Ganivet en *España Filosófica Contemporánea* (1888-1889) y en el *Idearium*. Téngase presente el objetivo del granadino: reconstruir el espíritu o ideal español para dotar de fuerza a la nación. Nada más adecuado que la teoría de las ideas-madre para alcanzar sus fines.

Parece bastante claro, y no hay motivo de duda, al contrario de lo que piensa Olmedo, que la relación intelectual entre Ganivet y Fouillée, no fue un simple contagio verbal o terminológico (Olmedo, 84), sino más bien la aceptación de Ganivet de los fundamentos de la filosofía de Fouillée. Otra cuestión bien distinta fue el uso y la finalidad que cada cual dio a esta teoría de las ideas-madre, así como las conclusiones que de ella extrajeron. El propio Ganivet mencionó a Fouillée para subrayar el carácter de la “vida espiritual”:

la vida individual fisiológica es una combinación de la energía vital interna con las fuerzas exteriores absorbidas y asimiladas; la vida espiritual se desarrolla de un modo análogo, nutriéndose el espíritu de los elementos ideales que la sociedad conserva como almacenados, según la expresión de Fouillée. (Ganivet 1990, 164)

Esta cita demuestra fehacientemente el conocimiento textual que Ganivet tenía de Fouillée, al que unió con otros autores mencionados más arriba para elaborar su teoría *peculiar* sobre los males y la reconstitución de España.

En la misma línea de Fouillée, Ganivet creía en la capacidad creativa de las ideas, por vía dialógica o por vía destructiva. Pero, además, la ausencia de estas ideas-madre o ideas fuerza “que son como brújulas que nos guían en el océano de la vida” nos deja “a

merced de los instintos y de los deseos de todo linaje y pretendemos destruir los obstáculos que se nos ofrecen, prestando oídos al absurdo y a la utopía, que halaga nuestros instintos” (Ganivet 1951, II, 598). La misma capacidad orientativa concede Fouillée a las ideas, para el que un político, por ejemplo, “sin ideal, no sabe adonde va ni adonde conduce a los demás” (Fouillée 1894, 83). Son las ideas-madre las que solidifican la conducta consciente que define al hombre verdadero; y las grandes ideas-madre difundidas por doquier, como las de la justicia, igualdad, libertad, las que liberaron de la esclavitud a los hombres y las que movilizaron a los hombres, y no la acción de un Espartaco específico (Ganivet 1951, II, 600).

Ganivet, de una manera similar a Fouillée, afirma que “las ideas no sirven sólo para componer libros, sino para transformar las cosas reales que vemos y tocamos”. “Nuestra fuerza está en nuestro ideal, en nuestra pobreza, no en la riqueza sin ideales”. “Lo interesante, pues, es tener ideas y colocarlas en donde deben estar, en lo sitios más altos; que la inteligencia no viva subyugada por la petulancia de los audaces, y pueda lentamente transformar las cosas a medida que las cosas lo vayan permitiendo” (Ganivet 1997, IX, 107, 136).

En la creación de esta fuerza de las ideas hay dos momentos en los que nuestros dos autores coinciden. Primero, la idea individual, después, la idea del conjunto de la humanidad y, consecuentemente, “acción de la voluntad inteligente sobre la marcha de la evolución” (Olmedo, 83). Según Fouillée en *L'Evolutionisme des idées-forces*, Int. IV:

En un primer momento esta acción se ejerce bajo la idea de independencia personal, bajo la idea del yo, que confiere en efecto a la acción una cierta independencia, un cierto carácter mío. En un segundo momento, la acción puede ejercerse bajo la idea de una dependencia voluntaria del yo por relación a lo universal, es decir, de un desprendimiento

por el cual el yo no se pone en su independencia más que para ponerse él mismo bajo la dependencia del bien universal.

(cito por Olmedo, 83-84)

Y al igual que Fouillée, Ganivet también pensaba que

las ideas vienen antes que la fuerza, pero la fuerza se deja ver antes que las ideas. Para que un pueblo conozca lo que un organizador o un guerrero han representado, no se necesita que transcurra mucho tiempo, y para que se aprecie lo que representaron los hombres de ideas, han de pasar varios siglos. (Ganivet 1997, 147-148)

Ganivet se guiaba por la idea, nos asegura al escribir su *España filosófica contemporánea*, como se guían en su obra los individuos y las colectividades por una idea directiva, que para que sea fecunda ha de estar orientada por la educación filosófica moral (Ganivet 1951, II, 592). De tal forma que el sujeto colectivo es capaz de producir ideas y pensamiento, que se manifiestan en la vida social e intelectual de la comunidad (Ganivet 1951, II, 593). Sin embargo, esto último sería discutido por Fouillée, que desconfiaba de conciencias colectivas y de espíritus de los pueblos. “Las únicas conciencias reales, los únicos yo reales que conocemos son las conciencias individuales y el yo propio de cada cual” (Fouillée 1894, 208, 395-6).

La libertad de las ideas estaba relacionada, según Ganivet, con la fuerza de las ideas existentes en la sociedad donde se inserta el sujeto:

el artista saca sus fuerzas invisiblemente de la confusión de sus ideas con las ideas de su territorio, obrando como un reflector en el que estas ideas se cruzan y mezclan, y adquieren al cruzarse y mezclarse la luz de que separadas carecían... la vida espiritual se desarrolla nutriéndose el espíritu de los elementos ideales que la sociedad conserva almacenados.

(Ganivet 1990, 155, 164)

La relevancia dada por Ganivet al papel de las ideas en las sociedades y su espiritualismo-misticismo negativo que tanto le angustiaba le deslizan hacia una especie de determinismo ideológico diluido. Tratando de explicar la situación de las clases trabajadoras y las causas del movimiento socialista se muestra partidario de la opinión

de aquellos que buscan una tendencia filosófica determinante de las tendencias políticas, económicas y sociales que representan el socialismo y sus varios matices y ramificaciones, porque no concibe un sistema de moral, de derecho, de política, que no sea una derivación de un sistema de filosofía especulativa; la teoría es siempre fundamento de la práctica. (Ganivet 1951, II, 596-7)

Igualmente, al describir el medio social español, donde arraigan la frialdad filosófica y el eclecticismo sistemático de nuestros pensadores, Ganivet afirma:

ese medio social no es realmente otra cosa que un reflejo del estado intelectual de aquellos que por sus cualidades superiores representan el pensamiento colectivo. (Ganivet 1951, II, 608-610)

Innumerables citas de Fouillée nos mostrarían el paralelismo de ambos autores en este tema del determinismo ideológico:

C'est par la théorie qu'il faut agir sur la pratique; c'est d'une conviction morale que nous avons besoin... (1896, IX)

nuestras ideas pueden decidir el porvenir. (1894, 20)

les produits de l'intelligence et de la science stimulent ou dirigent toutes les autres fonctions sociales. (1891, 11)

Españoles sin voluntad

El diagnóstico ganivetiano de la enfermedad que España y los españoles padecen es la "extinción o debilitación grave de la vo-

luntad”, es decir, la abulia colectiva o “no querer”. Esquirol, Maudsley, Ribot y Pierre Janet, entre otros, la han estudiado y demostrado el enorme “influjo de las perturbaciones mentales sobre las funciones orgánicas” (Ganivet 1990, 162), de tal forma que el no hacer (vida política) y el no atender (vida espiritual) han provocado en la sociedad española serios problemas debidos a “impulsiones arrebatadas” y a desenfoques en la observación de la realidad.

Ganivet utiliza, pero bastante menos de lo que Ortega pensaba, a Janet, *Un caso de abulia e ideas fijas*, y a Ribot, principalmente *Las enfermedades de la voluntad*, para explicar los orígenes de la abulia espiritual de los españoles, deduciendo que es fruto “de la debilitación del sentido sintético, de la facultad de asociar las representaciones”. En esta situación, la inteligencia funciona regularmente con respecto al pasado porque actúa con una memoria que activa asociaciones ya formadas, pero de forma anómala si se trata del presente, ya que los sentidos proyectan representaciones que no pueden ser asimiladas o que crean gravísimas perturbaciones.

Siguiendo el argumento, Ganivet trata de poner en relación esa debilitación del sentido sintético con la falta de voluntad. Para ello utiliza la noción de idea-fuerza o idea-voluntad elaborada por Alfred Fouillée (Ganivet 1990, 166). La relación es la misma que la existente entre la idea y el acto libre, es decir, están directamente fundidas. La idea y el individuo que conscientemente la pondrá en práctica liberan la energía, que han creado conjuntamente, en el mismo momento de la acción. Según Ganivet y Fouillée, el individuo “contiene en sí” la ideas transmitidas y adquiridas, formando con ellas una red de interconexiones que son capaces de crear manifestaciones artísticas, intelectuales, o simples confusiones. En la medida que las ideas se concentran, se hacen más claras y sintéticas, llegando a productos intelectuales

más elaborados y originales. El enfermo de abulia no es capaz de alcanzar esta cota, pues sus ideas carecen de sociabilidad, como dice textualmente Ganivet. Sus esfuerzos intelectuales se reducen a la evocación de ideas fijas, que influyendo sobre la voluntad generan determinaciones violentas, o de ideas abstractas o viejas, que limitan la potencia de la voluntad, sin que puedan hacerse realidad.

A continuación, Ganivet establece una analogía entre el funcionamiento de la voluntad individual y la colectiva. La sociedad, por tanto, tiene ideas y actúa de acuerdo con ellas, aunque se localizan en un reducido número de inteligencias. El estadista ha de actuar de acuerdo con estas ideas (pensamientos y sentimientos) colectivamente aceptadas si quiere continuar su camino. Aquí encontramos, de nuevo, una especie de determinismo ideológico comunitarista:

Lo que parece idea original de un hombre, es sólo interpretación de ideas o deseos vagos, indeterminados, que la sociedad siente, sin acertar a darles la expresión propia y exacta. (Ganivet 1990, 167)

Así pues, la cohesión y definición ideológica nacional, o su sentido sintético, se convierte en una condición necesaria para que la capacidad de obrar y la actuación de los dirigentes sea consciente de los verdaderos destinos deseados por la nación. Lógicamente, Ganivet defiende aquellas naciones que conocen y comprenden cuáles son sus intereses generales y ensayan su consecución, de acuerdo con su tradición y su situación presente. Lograr la idea de este gran objetivo requiere, según Ganivet, energía interior para superar intereses parciales, siempre presentes.

La salud y las energías de España no se recobrarán mediante la acción exterior o a través de movimientos rápidos e impacientes:

La restauración de nuestras fuerzas exige un régimen prudente, de avance lento y gradual, de subordinación absoluta de la actividad a la inteligencia, donde está la causa del mal y a donde hay que aplicar el

remedio. Para que la acción sea útil y productiva, hay que pensar antes de obrar, y para pensar se necesita, en primer término, tener cabeza.

(Ganivet 1990, 169)

Pero, esto no supone un llamamiento a un dictador o caudillo, llamada muy en boga por entonces. Un nuevo dictador, aunque fuera un déspota ilustrado, conduciría a los españoles, de nuevo, a una pérdida de fuerzas y energías, que una vez consumidas, tras su desaparición, dejaría inánime a toda la población, sin haber avanzado ni un solo paso.

Ganivet está motivado, desde el principio, para restaurar “la vida espiritual de España” con la ayuda de un grupo de personas inteligentes y desinteresadas, deseosas de “restablecer el prestigio esplendoroso, pero perdido, del país”. Restaurar y restauración son las palabras claves que separan a Ganivet de los regeneracionistas. No cree, Ganivet, que tampoco creía Platón, en la ley y la reforma institucional como medios de restauración de la vida espiritual. Sólo confía en los esfuerzos individuales, porque “nuestros centros docentes son edificios sin alma; dan a lo sumo el saber; pero no infunden el amor al saber, la fuerza inicial que ha de hacer fecundo el estudio cuando la juventud quede libre de tutela” (Ganivet 1990, 170).

Pero para que los esfuerzos individuales tengan éxito y lancen ideas serenas y efectivas es preciso encaminarlos hacia la paz (ideas redondas) y no hacia la guerra (ideas picudas). Las primeras tratan de unir a través del diálogo y el consenso y las segundas dirigen a la violencia y el exclusivismo. Las ideas desprovistas de convicción son las que han de ser impuestas por la fuerza, afirma, rotundamente, Ganivet, no las que llevan en sí el poder de convencimiento, sin declarar la guerra a nadie.

Hay quien cree que para atestiguar la fe en las ideas se debe de combatir para que triunfen, y en esta creencia absurda se apoyan cuantos en España convierten las ideas en medio de destrucción. La verdad es, al

contrario, que la fe se demuestra en la adhesión serena e inmutable a las ideas, en la convicción de que ellas solas se bastan para vencer cuando deben de vencer. (Ganivet 1990, 172)

Si queremos reconstituir España de acuerdo con nuestras tradiciones e intereses actuales, dice Ganivet (1990, 157)

Es indispensable forzar nuestra nación a que se desahogue racionalmente, y para ello hay que infundir nueva vida espiritual en los individuos y por ello en la ciudad y el Estado... debemos adquirir una fuerza intelectual muy intensa, porque nuestro papel histórico nos obliga a transformar nuestra acción de material en espiritual.

Hay en esta restauración espiritual un eco renaniano en cuanto al proyecto se refiere y a la confianza depositada en las fuerzas que no se agotan nunca: las de la inteligencia, consideradas instrumento político si existe en ellas el trabajo constante e inteligente:

si por el solo esfuerzo de nuestra inteligencia lográsemos reconstituir la unión familiar de los pueblos hispánicos, e infundir en ellos el culto a los mismos ideales, de nuestros ideales, cumpliríamos una gran misión histórica y daríamos vida a una creación, grande, original, nueva en los fastos políticos; y al cumplir esa misión no trabajaríamos en beneficio de una idea generosa, pero sin utilidad práctica, sino que trabajaríamos por nuestros intereses, por intereses más trascendentales que la conquista de unos cuantos pedazos de territorio.

(Ganivet 1990, 158-9)

Así pues, la apuesta de Ganivet para resolver los problemas de España reside en abandonar la artificial vinculación de España al mundo y crear en el interior un serio debate intelectual para encontrar soluciones reales, algo en lo que no estaría de acuerdo Fouillé. Por tanto, lo que falta en el país son las ideas (Ganivet 1990, 162).

Ideas como la de libertad y tolerancia, indisolublemente unidas, se expandieron como reguero de pólvora por Europa y no necesitaron más que la creencia de muchos europeos para hacerse realidad en muchos países. De esta forma pensaba Fouillée, para el que las ideas originadas en la mente trataban de manifestarse en el mundo material. Y Ganivet, de manera análoga, dice que:

Desde el momento que una idea acata la solidaridad intelectual de una nación y transige lo necesario para que los sentimientos fraternales no se quiebren, se transforma en una fuerza utilísima, porque incita a los hombres al trabajo individual; no crea parcialidades exclusivistas y demolidoras; crea cerebros sanos y robustos, que no producen sólo actos y palabras, sino algo mejor: obras. (Ganivet 1990, 172)

Es decir, las ideas seleccionadas por su bondad, expuestas de forma ágil y sembradas en un terreno adecuado producen de inmediato los frutos, que serían utilísimos para la obra de restauración espiritual de España.

Conclusiones

Ganivet prefirió siempre el espíritu a la materia y su idealismo creaba la fuerza interior de su *self*, proyectándola hacia el exterior de una manera esotérica, excéntrica o iluminada, pero alejada del mundo material circundante, incluso de su propio cuerpo. Si ya en 1893, aludió a su “misticismo negativo”, en 1896 insistía a través de Pío Cid: “Hay quien coloca el centro de la vida en el poder exterior, en la riqueza, en un bien convencional. Yo pongo el centro en el espíritu... Ahora estoy en camino de ser un verdadero hombre, puesto que si existe mi personalidad sin buscar apoyo fuera de sí, es porque dentro de sí tiene su fuerza”. La doctrina de Ganivet, y el propio Ganivet, dependen por completo de esta teoría de las ideas. Es la idea, principalmente la gran idea, la idea ge-

nerosa, el fundamento del pensamiento ganivetiano y de la personalidad de Ganivet. El hombre y la ideas-madre han de ser consustanciales porque de su interrelación se obtiene la orientación vital de los individuos y sociedades. Conexión necesaria para mantener la coherente acción y sostener con vigor el comportamiento. De ello se deriva la angustia vital de Ganivet.

La comunidad de ideas homogeneizan la sociedad y la normativizan hasta conseguir la paz social y la más fuerte unión en el comportamiento colectivo. Sin las ideas la vida individual y colectiva fracasa por completo. Siempre llevan las ideas el germen del futuro, aunque sean destructivas en su despertar. Sin embargo, Ganivet no vislumbra en el horizonte una sociedad que ha sido capaz de integrar las ideas dentro del mercado, haciendo de ellas objeto de compraventa y uso de carácter instrumental. La sociedad materialista ha reconocido el valor de las ideas y de las imágenes, poniéndoles el más alto precio. Pero, la restauración espiritual y el triunfo de las ideas, tal como las pensaban Fouillée y Ganivet, se batieron en retirada después de la segunda mitad del siglo XX tras sucumbir ante los embates del materialismo y el subjetivismo de la sociedad moderna o postmoderna.

OBRAS CITADAS

- Baumer, Francis L., *El pensamiento moderno europeo. Continuidad y cambio en las ideas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Brinton, Crane, *Las ideas y los hombres. Historia del pensamiento de Occidente*, Madrid, Aguilar, 1966.

- Fouillée, Alfred, *La filosofía de Platón*, Madrid, La España Moderna, s.f., 2 vols., Edmundo González Blanco (tr.). 1ª ed. francesa, 1869.
- , *La liberté et le déterminisme*, Paris, Félix Alcan, 1914, 6ª ed. (1ª ed. 1872).
- , *La ciencia social contemporánea*, Madrid, 1894, traducción, prólogo y notas de Adolfo Posada. 1ª ed. francesa, 1883.
- , *L'enseignement au point de vue nationale*, Paris, Librairie Hachette, 1891.
- , *La psychologie des idées-forces*, Paris, Félix Alcan, 1893. 2 vols.
- , *Le mouvement positiviste et la conception sociologique du monde*, Paris, Félix Alcan, 1894.
- , *Temperamento y carácter según los individuos, los sexos y las razas*, Madrid, 1901, traducción de Ricardo Rubio. 1ª ed. francesa 1895.
- , *Le mouvement idealiste et la réaction contre la science positive*, Paris, Germer Baillière, 1896.
- Fox, Edward Inman, *La invención de España*, Madrid, Cátedra, 1997.
- Gallego Morell, Antonio, *Sobre Ganivet*, Granada, Publicaciones de la Universidad de Granada, 1997.
- Ganivet, Ángel, *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1951, 2 vols.
- , *Idearium español. El porvenir de España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1990.
- , *Granada la bella*, Granada, Diputación Provincial de Granada y Fundación Caja de Granada, 1997.
- Gómez Baquero, Eduardo, *De Gallardo a Unamuno*, Madrid, Espasa Calpe, 1926.

Herrero, Javier, *Ángel Ganivet: Un iluminado*, Madrid, Gredos, 1966.

Olmedo, Miguel, *El pensamiento de Ganivet*, Madrid, Revista de Occidente, 1965.

Ribot, Théodule, *Las enfermedades de la memoria*, Madrid, 1899, traducción de Ricardo Rubio. 1ª ed. francesa 1881.

——, *Las enfermedades de la voluntad*, Madrid, 1899, Ricardo Rubio (tr.). 1ª ed. francesa, 1883.

——, *Psychologie de l'attention*, Paris, 1889.

